

Lucía Galán Bertrand

Cuentos de Lucía, mi pediatra 2

6 nuevos
cuentos para
crecer con tu
pediatra favorita



Cuentos de Lucía, mi pediatra 2

Lucía Galán Bertrand



Ilustraciones de Núria Aparicio

timunmas

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Lucía Galán Bertrand, 2020

© de las ilustraciones: Núria Aparicio, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-08-23300-8

Depósito legal: B. 13.201-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

¡Me duele la barriga!	11
Pepón el león	25
¡Virus, fuera!	41
Dientes limpios	55
¡Ojo! ¡Empieza la operación piojo!	67
Los héroes de la compasión	81



¡Me duele la barriga!



—¡Mamá, me duele la barriga —dijo la pequeña Lola nada más despertarse.

—¿Sí, cariño? ¿Y eso? ¿Tendrás pedetes? —preguntó su madre mientras le acariciaba la barriguita.

—Pues no sé, voy a ver... —contestó Lola dispuesta a empujar a ver si por ahí salía algo—. Hummm, pues no. No sale nada. Ay, ay, ay, que creo que voy a... ¡vomitar! —anunció mientras se incorporaba en la cama.

Antes de que su madre pudiese ir a por un cubo, la niña estaba vomitando toda la cena de la noche anterior.

—¡Lola está vomitando, Lola está vomitando! —gritaba su hermano Toni mientras corría por el pasillo en busca de su padre.

—Tranquilo, Toni, no te asustes. Vamos a ayudar a mamá. A ver qué le pasa a la pequeña Lola.

A Toni le despertaba mucho interés todo lo relacionado con las enfermedades; de hecho, cuánto más mayor se hacía más se interesaba por esos temas. Tenía su habitación llena de libros y cuentos y fantaseaba con la idea de descubrir algo muy importante.

—Ay, papi, qué malita estoy, que no paro de vomitar.—decía Lola mientras su madre le ponía las gafas de nuevo y le recogía el pelo.

—Ya veo, cariño. Bueno, vamos a ver si bebiendo agüita a sorbitos pequeños y comiendo despacito se te va pasando.

—Ay, ay, ay... —dijo Lola llevándose la mano a la barriga.

—¿Y ahora qué pasa, Lola? —preguntó su madre.

—Que me hago cacaaaaaa. —Y salió corriendo al baño.

—Creo que Lola tiene una gastroenteritis —sentenció Toni mientras hojeaba uno de sus libros de medicina para niños.





Sus padres sonrieron y asintieron.

«Pues va a tener razón», pensó su madre.

A Toni le costaba relacionarse con otras personas, su trastorno del espectro autista le impedía llegar a comprender algunas de las emociones que sentían los demás; sin embargo, había desarrollado la maravillosa capacidad de aprender rápidamente, más que nadie, un montón de datos y de curiosidades de todo tipo de enfermedades. Le encantaba.

—Vómitos, diarrea, dolor de barriga. No cabe duda. Tiene un virus —dijo señalando una vez más el libro que le habían regalado sus abuelitos.

—¿Un virus?! —gritó Lola desde el baño—. ¡No quiero tener un virus! ¡Sácame a ese bicho de ahí dentro! —decía sentada en el váter con las piernecitas colgando.

Sus padres no podían contener la risa. Lo cierto es que la estampa era simpática. Lola sentada en el váter tirándose pedetes sin parar, su hermano caminando pasillo arriba, pasillo abajo con el cuento en la mano y repasando los síntomas que tenía su hermana, y los padres, uno con el cubo y la fregona limpiando los restos que había dejado Lola al vomitar y la otra al lado de Lola cogiéndole las manitas mientras ella soltaba por ahí abajo lo que según su hermano era un virus del estómago. Tras pasar todo el fin de semana entre vómitos y diarrea, el lunes por fin decidieron llevarla a la pediatra.

—Hoy la llevaremos a la pediatra. Mira qué ojeras tiene la pobre, y encima le ha subido la fiebre, que, aunque la pediatra dice que es porque está luchando contra la infección, a mí no me convence —dijo su madre preocupada.

Cuando entraron en la consulta, Lucía, su pediatra, que conocía a Lola desde que había nacido, lo tuvo claro:

–Uy, Lola, ¡qué carita me traes hoy! Vienes malita, ¿verdad?

–Sí –dijo Lola haciendo un puchero.

–Bueno, no te preocupes. Vamos a ver si puedo ayudarte a ponerte mejor, ¿vale?

–Vale –asintió Lola sin fuerzas para mucho más.

La pediatra tumbó dulcemente a la pequeña sobre la camilla, le levantó la camiseta y le auscultó el corazón y los pulmones.

Cuando empezó a palparle la barriga, Lola comenzó a quejarse.

–Ay. Me duele ahí. Y ahí también, y ahí...

Y sin querer, de tanto apretar, se le escapó un pedete.

–Ay –dijo roja como un tomate tapándose la cara con las dos manos.

–No te preocupes, Lola. Todo el mundo se tira pedetes –le dijo su pediatra en un intento de tranquilizarla.

–Bueno, ¿y tú? ¿Tú te los tiras? –preguntó Lola a Lucía con curiosidad—. Porque mi papá sí que se los tira muchas veces en casa –añadió con una sonrisa picarona.

–Pero ¡Lola! –dijeron sus padres a la vez.

Lucía se empezó a reír con esa risa tan contagiosa que tiene y al cabo de unos minutos terminaron todos allí, en la consulta, alrededor de Lola, riéndose a carcajadas.

–Sí, cariño, yo también me tiro pedos –contestó la pediatra guiñándole un ojo y chocándole los cinco.

Cuando oyó eso, Lola automáticamente se tranquilizó.

–Bueno –prosiguió la pediatra después de las risas y de



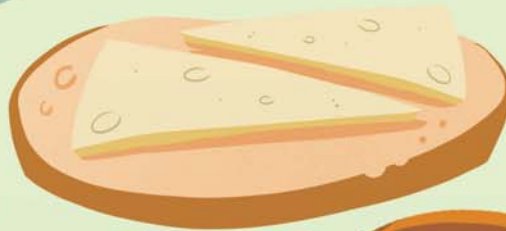
explorarla detenidamente de arriba abajo—. Lola tiene una gastroenteritis.

—¡Bingo! —dijo Lola levantando los brazos—. Lo que dijo Toni. ¡Ha acertado!

—Pues sí. Ha acertado.

—Y ¿qué tenemos que hacer ahora? —preguntó el padre de Lola.

—Ofrecedle agua a sorbitos muy pequeños alternándola con alimentos. Puede comer lo mismo que toda la familia, pero en pequeñas cantidades y despacito. Es mejor que no tome mucho azúcar, porque es probable que la diarrea empeore. Lola, mejor come lo que te preparen los papás: unos fideítos, un poco de pollo con



patatas, unos garbancitos con zanahoria, un poco de pan con queso, un yogur... Básicamente lo que te apetezca, pero despacio, para evitar que vuelvas a vomitar.

—Lucía, te parecerá una pregunta tonta —dijo la madre de Lola—, pero su abuela insiste en que le dé agua de arroz, pescado hervido y refrescos de deportistas que tienen muchas sales.

La pediatra alzó una ceja, sonrió y dijo:

—No. Nada de eso. Dile a la abuelita que no hace falta; es más, con las bebidas para deportistas podría empeorar, ya que contienen mucho azúcar. Cuanto antes coma una alimentación normal, mejor. Despacito..., ese es el truco, despacito.



–¡Genial! Agua de arroz no. ¡Bien! Eso sabe fatal –dijo Lola celebrando lo que había dicho su pediatra—. ¿Y si sigo vomitando sin parar? –preguntó la niña haciendo otro puchero.

–Pues entonces los papás te comprarán una bebida especial que se llama suero oral que te ayudará a reponerte y a no deshidratarte.

–Genial..., porque es que tengo mucha sed, ¿sabes? –dijo Lola.

–Claro –le contestó Lucía mirándola a los ojos—. Eso es porque como estás perdiendo muchos líquidos por las cacas y por los vómitos, tu cuerpo pide ayuda a gritos y le dice a tu cerebro que te mande señales.

–¿Señales? –se extrañó Lola.

–Sí, señales. El señor Cerebro manda la señal de la SED. Y dice: «¡Atención, todos! Lola está perdiendo líquidos vomitando y por la caca. Necesitamos que beba mucha agua. ¡¡¡Señora Sed, señora Sed, señora Sed!!! Despierta y ponte a trabajar». Y entonces la señora Sed se despierta, se dirige hacia tu boca, se sienta sobre tu lengua, empieza a soplar superfuerte hasta que te deja toda la boca seca y así te manda la señal de que bebas. ¿A que sí?

–¡Pues es verdad! –dijo Lola alucinada.

–Pues hala, a hacerle caso al señor Cerebro, a beber agua.

Lola, una vez más, salía feliz y contenta de la consulta de su pediatra.

–Qué de cosas has aprendido hoy, ¿eh, Lola?

–Pues sí –dijo ella—. Pero la más importante de todas ha sido que todos, todos, todos nos tiramos pedos.

Los padres de Lola salieron de la consulta riéndose a carcajadas mientras la pequeña bebía orgullosa de su botella de agua.